GABRIELA MISTRAL

Epistolario

CARTAS A EUGENIO LABARCA (1915-16)

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE RAÚL SILVA CASTRO

INTRODUCCION

AUN cuando el epistolario que sigue abarca pocos meses y no es de los más importantes que pudieran espigarse en la producción de cartas de Gabriela Mistral, se le da acogida en este volumen por el valor ejemplar que ostenta. Es de esperar que, a su imitación, se publiquen otros para saber de fuente genuina lo que pensaba Gabriela Mistral de los principales hechos de la vida literaria en que estuvo comprometida así como para conocer, con la espontaneidad que generalmente se observa en las cartas, lo que siente sobre el arte a que está dedicada. Ambos aspectos se observan en este manojo de cartas, dirigidas a un admirador suyo de pocos años de edad, pero muy ferviente. Eugenio Labarca, que se hizo notar más adelante como novelista por la publicación de *Bajo la lente* (1927), había nacido en 1895 y contaba poco más de diecinueve años cuando Gabriela Mistral obtuvo el premio de los Juegos Florales de 1914, que la consagró como poetisa. Desde entonces le dirigió cartas, a las cuales Gabriela Mistral respondió sin asiduidad pero con relativa constancia, disculpándose no pocas veces, como se verá en sus propios textos, del atraso a que ha debido someter algunas de sus respuestas.

Cuando ya estaban iniciadas estas relaciones epistolares, Eugenio Labarca pidió a Gabriela Mistral autorización para escribir una monografía sobre ella. Le solicitó informaciones sobre su vida y su obra, a las cuales Gabriela Mistral respondió en forma tan satisfactoria para el joven escritor, que éste pudo escribir el artículo que se leerá en seguida, publicado en la revista *Primerose* de Chillán, que era a la sazón una de las buenas publicaciones literarias de Chile. El artículo que Eugenio Labarca escribió a propósito de la poetisa dice así:

GABRIELA MISTRAL

Al señor Narciso Tondreau.

A fuer de hombre galante y agradecido, debería acceder al deseo manifestado por Gabriela Mistral y no dar a conocer, siquiera en parte, su vida sencilla de mujer dedicada a la enseñanza y al estudio, ni referirme a su obra poética tierna y apasionada pero, ya que las circunstancias me han revelado una y otra, no vacilo en contrariar su modestia excesiva, a fin de que seamos muchos los que rindamos el debido homenaje de admiración y aliento a que es acreedora la señorita Lucila Godoy, conocida en el campo de las letras por *Gabriela Mistral,* seudónimo evocativo del gran cantor de Provenza.

"Quiero declararle —ha escrito Gabriela a un amigo— que gusto poco o nada del elogio en público, que me complace más una carta leal de un hombre o mujer de exquisito espíritu, que el artículo diario en que se alaba exageradamente". No hagamos, pues, elogios, sino que reseñemos una vida interesante en sus manifestaciones cultísimas y demos a conocer sus características, semejantes en todo a las de la célebre poetisa italiana Ada Negri. Ambas han dedicado su vida a la enseñanza y tendido siempre a armonizar el estudio y la poesía.

En los recientes Juegos Florales celebrados en Santiago, han obtenido la Flor Natural, el más alto premio que en dichos torneos se discierne, *Los sonetos de la muerte,* de Gabriela Mistral. Se interroga en ellos, la poetisa, si ha hecho bien o ha hecho mal al elevar de lo más íntimo de su alma un ruego al Ser Supremo, al cual éste accede: ella ama intensamente a un hombre indigno y, desesperada, exclama:

"... Por sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar".

"¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!"
Su barca empuja un negro viento de tempes-
[tad.
"Retórnalo a mis brazos, o lo siegas en flor".

En seguida dice:

"Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Se-
[ñor!"

Gabriela Mistral, modestísima, no había dado a conocer su nombre en anteriores ocasiones, y así hemos admirado las numerosas estrofas publicadas en *Sucesos* y *Zig-Zag,* sin saber a qué mujer exquisitamente sensible agradecer la expresión suave —atormentadora de sufrimientos propios, es verdad, pero comunes a todos los que aman...

Rubén Darío, en *Mundial* y *Elegancias,* ha publicado composiciones de Gabriela Mistral, en verso y prosa, acompañadas de elogios especiales; y si bien hasta ahora su labor literaria abarca sólo estrofas y párrafos dispersos en revistas de Chile y el extranjero, a mediados del presente año publicará un volumen de versos escolares, destinado a llenar un vacío lamentable. "He querido hacer una poesía escolar nueva —dice Gabriela Mistral—, porque la que hay en boga no me satisface: una poesía escolar que no por ser escolar deje de ser poesía, que lo sea, y más delicada que cualquier otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón: más estremecida de soplo de alma..."

A su primer libro seguirá la publicación de uno de diferente índole, en que albergará *Los sonetos de la muerte* y todas aquellas composiciones sugeridas por la pasión y el sufrimiento, fuentes de inspiración que Gabriela Mistral explota, amorosa y tierna, con la sencillez de su natural sensible y resignado... Ingenua, suave, delicada, cada una de sus estrofas reúne exquisiteces que, en realidad, van "estremecidas de soplo de alma..."

Lucila Godoy tiene a su cargo en el Liceo de Niñas de Los Andes, la enseñanza del Castellano y de la Historia y Geografía.

Nació en Vicuña, "olorosa tierra" —como ella misma dice— que ama mucho y para prestigio de la cual desearía ser algo y merecer así la comunidad de origen que la une "a selectas almas": Magallanes Moure, Víctor Domingo Silva, Mondaca y Julio Munizaga.

EUGENIO LABARCA L.

Valdivia, enero 28 de 1915.

Primerose, Chillán, 21 de febrero de 1915.

En el período a que se extiende este epistolario apareció la revista *Figulinas,* que en colaboración con Mario Benavente había lanzado Eugenio Labarca, y las fechas que cubre esta publicación sirven para datar algunas de las cartas. El primer número apareció con fecha impresa de 8 de junio de 1915, y en él se leía una composición de Gabriela Mistral titulada *La prevención* y dedicada a la señorita Herminia Valdés Bunster, cuyo retrato se daba en la misma revista. Entre los colaboradores de *Figulinas* en este primer número cabe citar a Juana Inés de la Cruz, Julio Munizaga Ossandón y Bernardo Jambrina, que aparecen también mencionados en las cartas de Gabriela Mistral a Eugenio Labarca. Otros colaboradores no hacen al caso porque la poetisa no los nombra en ellas. El último de los mencionados, Jambrina, interesa más que otros porque en este número inicial de *Figulinas* dedica el siguiente soneto:

A GABRIELA MISTRAL

Anónima heroína, que con el alma rota
por aquel amor hondo, desolador y trágico
estoicamente pasas, cubierta por la cota
de tu verso suave y penetrante y mágico;
anónima heroína, que con el cuerpo roto
por aquel rojo huésped, torturador e inquieto,
estoicamente pasas por el humano soto
aristando el diamante de un precioso soneto.
Tus ojos claros, donde alumbran mil an-
[torchas
dicen cómo en tu selva los árboles descorchas
para labrar con ellos la propia sepultura.
Y el hermano que pasa y mira tu estoicis-
[mo,
llora y admira a un tiempo el sereno heroís-
[mo
con que bebes el hondo vaso de la amargura.

En el segundo número de *Figulinas*, publicado con fecha julio de 1915, aparece de Gabriela Mistral la composición *Pinares*, en una forma que es hoy desconocida porque al pasar a *Desolación* quedó reducida a doce estrofas de las diecisiete que presenta en aquella revista. En este mismo número aparece *Poeta de ojos azules*, versos de María Monvel, por quien Gabriela Mistral pregunta en una carta, manifestando la buena impresión que aquella poesía le ha causado.

No hay más números de *Figulinas* en la colección de la revista que hemos examinado en la Biblioteca Nacional.

También es de estos días y aparece mencionada en el epistolario la revista *Luz y Sombra*, que daban a luz en Valparaíso Jorge Orfanoz R. y Eduardo Lillo Silva, como Directores-propietarios. El primer número salió con fecha segunda quincena de octubre de 1915, y el 4º y último corresponde a la primera quincena de diciembre del mismo año. Ya en el segundo número aparece mencionado como Director literario Luis Enrique Carrera, escritor de quien se habla no poco en estas cartas; desde el tercero se menciona a Juan A. Araya (seudónimo O. Segura Castro) como redactor en Santiago, escritor a quien también se menciona alguna vez en las cartas de Gabriela Mistral.

Luz y Sombra anunció en aviso de su primer número la publicación del Libro de los Juegos Florales en que fué premiada Gabriela Mistral, sin mención explícita de ella pero con grandes elogios para la presentación gráfica del mismo. Se la menciona, en cambio, en el artículo firmado por L. E. C. (iniciales de Luis Enrique Carrera) que también se lee en aquella entrega.

En el segundo número *Luz y Sombra* publicó de Gabriela Mistral una prosa titulada *Limpia tu fuente*, bajo mención de serie de *Cuentos escolares*. Esta prosa no aparece en *Desolación*. En el cuarto podía leerse una entrevista con Gabriela Mistral titulada *Gabriela Mistral* y que lleva la firma completa de Luis Enrique Carrera. Un excelente retrato de Gabriela Mistral adorna el trozo. La entrevista se efectuó en Los Andes: "Afuera hay una algarabía de verdes, engastados en el manchón de cielo azul, purísimo, que recorta la ventana. Adentro, una mesa de trabajo, y unos libros, y unas carillas albas; y además, la nota moderna —exótica en despacho de mujer, entre nosotros— de una maquinilla de escribir; todo como animado de un soplo vital". A la entrevista propiamente tal se mezclan reflexiones personales de Carrera. Gabriela Mistral, por su parte, elogia a varios escritores de fuera: Azorín, Rabindranath Tagore, Guerra Junqueiro, Delmira Agustini, Eugenia Vaz Ferreira, Amado Nervo... En este mismo número se publica, además, de la propia Gabriela Mistral la poesía titulada *La espera inútil*, con mención de serie *Los versos viejos*, en versión muy diferente de la que se pudo leer después en *Desolación*. Los doce cuartetos se redujeron a diez al pasar al libro.

Alúdese en estas cartas, asimismo, al Círculo de Lectura de Señoras, que fué fundado en una reunión celebrada en los salones de la revista *Familia* el día 13 de julio de 1915. El primer Directorio de la institución quedó formado así: Sofía Eastman de Huneeus, presidenta; Amanda Labarca Hubertson, secretaria; Elvira Santa Cruz Ossa, tesorera; como directoras quedaron además designadas las señoras Ana Swinburn de Jordán, Luisa Lynch de Gormaz, Inés Echeverría de Larraín (Iris), Ana Prieto de Amenábar, Delfina Pinto de Montt y Delia Matte de Izquierdo. De esta institución salió, poco después, el Club de Señoras, que también tuvo actividades intelectuales.

Todas las cartas de Gabriela Mistral que componen este epistolario fueron escritas en Los Andes, ciudad en la cual ella era a la sazón profesora del Liceo de

Niñas. Todas, además, carecen de fechas útiles para una ordenación cronológica, y a lo sumo se distinguen porque al comienzo o al fin del texto la poetisa, queriendo ser precisa, puso 1915. Se perdonará al colector que no haya sabido introducir orden en la serie, aún cuando para el caso debiera leer varias veces el repertorio y aún pretendido ayudarse de publicaciones que podían servirle, aparentemente, para el caso. El orden en que se presentan estas cartas es el que parecía obvio dada la sucesión de los temas, pero bien podrá ser contrariado más adelante por una investigación más acuciosa. Para aclarar ciertos puntos de dudosa lectura, se introducen notas al pie de las cartas. Se ha procurado, sin embargo, no insistir demasiado en aquel expediente ya que algunas de las referencias de Gabriela Mistral resultan obvias si se lee el conjunto.

* * *

Las cartas que componen este epistolario hallábanse en poder de la señora Marta Vergara de Chamudes, que reside actualmente en Buenos Aires y que las entregó a don Guillermo Feliú Cruz para su uso en esta publicación, al saber que los *Anales de la Universidad de Chile* preparaban un número especial de homenaje a Gabriela Mistral. La hermana de Marta Vergara, doña Berta, es casada con don Santiago Labarca, hermano de Eugenio, y así se explica que este legajo haya pasado a las manos de quien hoy lo posee. Es plausible el esmero con que en la familia Labarca se conserva la memoria de uno de los suyos, Eugenio, hasta el punto de que sus papeles íntimos, que pudieron haber sido desbaratados por la muerte prematura del escritor (fallecido en 1939), todavía se hallan disponibles para la consulta. Cabe, pues, agradecer muy efusivamente a doña Marta Vergara de Chamudes no sólo la diligencia que la ha llevado a conservar estos papeles, sino también la buena acogida que en ella encontró el propósito de hacer la publicación ordenada de los mismos.

RAÚL SILVA CASTRO.

Mi distinguido amigo,

en mi poder su estimable, que con el agrado de siempre contesto.

Soy una entusiasta de todas las empresas idealistas; no le parecerá cosa nueva que esté con ustedes en la suya que inician[1]. Cierta estoy de que una revista seria, de literatura selecta, no halla terreno propicio en esta tierra nuestra de amigos de *Corre Vuela...*; pero el esfuerzo es bello y aunque sea como rebeldía, hay que ensayarlo.

Sobre su pedido: me pone usted en un conflicto. Hace poco alguna persona que no me conoce, refiriéndose a dos poesías mías para la Reina de los Juegos Florales y a una carta para Iris, que ella sin mi autorización publicó, hablaba de "cierta tendencia a halagar a los grandes"[2]. Nada por cierto más injusto: me han pedido una poesía para una guirnalda lírica a la Reina; mandé dos, para que se eligiera la que agradara más o que disgustara menos; respecto a la carta a Iris, escribí a Iris, escritora espiritualista, de mis mismos pensares religiosos, no a doña Inés Echeverría, gran dama, que no me interesa en absoluto en este carácter. Esta injusta sospecha me hizo prometerme a mí misma no hacer, en lo sucesivo, nada dirigido a gente de otra esfera social. Soy una maestra sin nada de arribista; tengo una actitud de perfecta indiferencia para las personas que aunque en un círculo de esplendor se agiten no me interesan, porque no viven para las cosas que yo vivo: comprenderá usted la inexactitud del juicio dado por persona que nada sabe de mi vida retirada y sin pretensiones.

Le he hablado largamente de esto para que comprenda usted mi situación ante su pedido. Por usted, por el señor Benavente, a quien estimo por tener una familia conterránea de la mía, por la señorita Valdés, que me es simpática por igual razón, quisiera satisfacer su deseo; pero el temor de confirmar el juicio a que he aludido me hace vacilar. Por otra parte, para la señorita Valdés ¿qué verso podrá llegar a más hondor en su espíritu que el de "su poeta"? Y ello es muy humano; cualquier otro cantar, el mío con más razón que otro, le parecerá cosa vacía.

Propóngale lo siguiente: haré la poesía y ustedes la publicarán sin mi nombre, es decir, sin firma. Si aceptan esto, comuníquemelo luego, a fin de no tardar en enviarla.

Sobre propaganda de la revista: este pueblo es un pueblo intelectualmente infeliz; aquí nadie o casi nadie lee. Con todo, yo le indicaré con oportunidad a quién pueden ustedes dirigirse para la venta. En Coquimbo sí puedo recomendarle una persona activa y honorable para este asunto: don Domingo Gallo, y

[1] En esta carta se trata, sin nombrarla, de la revista *Figulinas* que Labarca preparaba en colaboración con Mario Benavente. Los versos titulados *La prevención* que aparecieron en el primer número, junto al retrato de Herminia Valdés Bunster, fueron escritos como compromiso y debieron publicarse sin firma. En el camino debe haberse vencido la resistencia de Gabriela Mistral para suscribir aquella producción, y ésta apareció firmada.

[2] La carta a Iris se publicó en *Sucesos* el día 25 de marzo de 1915, y ahora puede asegurarse que sólo por empeño de su destinataria.

en La Serena don J. M. Larrahona. Le adjunto dos tarjetas.

Sin tiempo para extenderme en más detalles, agradeciéndole, desde luego el envío de *El mirador de Próspero,* lo saludo con mucha cordialidad y quedo como siempre a su disposición para todo aquello en que me juzgue usted útil.

Lucila Godoy.

Los Andes, 1915.

Distinguido señor:

Ha de excusar usted estas tardías contestaciones; he tenido un exceso de trabajo tal que aún no puedo salir a vacaciones. Mas, no interprete en ningún caso mi silencio por mala voluntad. Tengo una cualidad única: la de ser agradecida, y debo a usted delicadas atenciones que me hacen ofrecer a usted mi amistad, como lo único que puedo ofrecerle. Como amigo, usted no tendrá para estos silencios míos la crítica que la etiqueta tiene para tales faltas.

Los datos que pueden servirle a usted para el caso que me expone son los que paso a darle; pero quiero declararle antes que me basta con su estimación personal, que gusto poco o nada del elogio en público, que me conmueve más una carta leal de un hombre o mujer de exquisito espíritu, que el artículo de diario en el que se alaba exageradamente. No es, pues, necesario que usted haga por mi más de lo que ha hecho[3].

A mediados del presente año publicaré un volumen de versos escolares. He querido hacer una poesía escolar nueva, porque la que hay en boga no me satisface; una poesía escolar que no por ser escolar deje de ser poesía, que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón: más estremecida de soplo de alma. Antes de que regresara al norte, dí al poeta Silva parte de los originales, para que me haga un prólogo[4]. Varias de esas composiciones —verso y prosa— han sido publicadas en las revistas que Rubén Darío dirige en París, y las ha publicado con una elogiosa recomendación a su público sudamericano y europeo. En el país he publicado mucho en *Sucesos,* y en *Zig-Zag* desde que entró a la dirección D. Armando Donoso.

Después de ese mi primer libro vendrá otro con versos de otra índole, compañeros de los *sonetos de la muerte*[5].

Soy coquimbana; nací como el poeta Munizaga, en Vicuña. Quiero mucho a mi olorosa tierra, que ha dado a Magallanes Moure, a Silva, a Mondaca. Dan deseos de ser algo cuando se tiene esa bella comunidad de origen con tan selectas almas.

Soy en este Liceo Prof. de Castellano y de Historia y Geografía.

Perdone que lo haya agobiado con una carta tan extensa; pero he debido atender su deseo.

Mañana irán unas dos o tres poesías que le sirvan para su juicio crítico y que, si así lo quiere, puede usted enviar a mi nombre a sus amigos de la revista a que alude.

Estaré fuera un mes o más; pero puede dirigirme a ésta cualquier comunicación, en la seguridad de que me las harán llegar.

Lo saluda con amistad y respeto.

Lucila Godoy.

...Hay una explicación sencilla de mi fervor por la obra de Prado. Prado es un pensador más que un *bordador.* Yo no admiraré nunca una obra literaria en que no haya esa amistad honda y ardiente con las ideas. La mejor camarada de la belleza puede ser la verdad y el verso que está rico de parábolas es santidad, más santidad, temblor de alma en temblor de carne. Psiquis es la más alta musa. Perdone el sermón...— Ud. que tiene tanto de Gómez Carrillo, debe aborrecerlos por pesados...

Pierre de Coulevain: me encanta esta comunidad de admiración. Tiene en un libro esta frase: Para juzgar a una mujer hay que saber cómo reza y cómo ama. No estoy segura de si es suya; no importa, la cita merece tanta gratitud en este caso como la idea original. Eso vale por diez libros. Ud. que es joven, no olvide eso... Cómo reza y cómo ama... y entre las dos cosas hay relaciones.

Vió el lado maravilloso de la vida, como Maeterlinck, esta mujer. En verdad, todo concurre y de qué manera a veces.

Me ha llamado la atención en el último tiempo un caso curioso: la gente a quien estimo, sin insinuación mía, se está dando a vivir vida honda, espiritual. Esto es significativo. Ud. estudia Teosofía; un hombre admirable: Salas Marchán, Director de la Escuela Normal J. A. Núñez, se ha enamorado de los místicos. Y como Uds. otros. Tengo una pretensión: creo que yo recibí una misión en este pedazo de tierra: alejar del materialismo filosófico a algunos que más tarde tendrán actuación intensa en Artes o Educación. De ahí que le predique a Ud. No se ría y acepte este humilde papel mío cerca de Ud. A propósito: ¿ha leído Ud. a Rabindranath Tagore?

Sobre el Círculo de Lectura: me eligieron hace poco miembro del jurado de un concurso femenino del Círculo. No acepté. No soy persona preparada y... hay otras razones. Me gusta la obra que realiza el Centro y miro con gusto el interés de las damas por las cosas del espíritu. Pero nunca me deslizaré entre ellas para nada. Mi democracia es

[3] Eugenio Labarca había solicitado a Gabriela Mistral informaciones para redactar el artículo que se ha leído en la *Introducción.* A ellas se refiere la carta en varios pasajes.

[4] El libro de versos escolares prometido no apareció entonces. El "poeta Silva" a quien Gabriela Mistral había encargado el prólogo de ese volumen es naturalmente Víctor Domingo.

[5] El libro de versos "de otra índole" es naturalmente el que más tarde recibió el título *Desolación.*

muy humilde y muy altiva. Tengo correspondencia con algunas señoras pero no voy a verlas. Me es antipático hacer de trepadora...

Ginés de Alcántara: ¿es vieja o joven, amable o gruñona? ¿Por qué no va a verla? Si yo fuera alguien le pediría que fuera a saludarla por Ud. y por mí y a solicitarle su retrato; pero soy *nadie* y se expondría Ud. a un desaire[6].

Sabe Ud. cómo lo estima su amiga affma.—, *G. Mistral.*

Sobre su seudónimo, soy una vieja y querría aconsejarlo. Ud. me explicó su significado hace tiempo[7]. El consejo es éste: guarde los jugos de su corazón para uno o dos grandes amores que le beban la vida. No se desmenuce en aventuras; cuando se dé, dése bien. Como cuando se pasa en tren, mirando cien paisajes, no se queda la gloria de ninguno de ellos estampada en las retinas, cuando la vida se pierde en amoríos breves e insípidos, se ha de llegar a la vejez sin llevar un gran recuerdo, —pan deleitoso— que la llene, y la entibie, y la libre del hambre espiritual. Un grande amor es una cumbre ardida de sol; las esencias más intensas y terribles de la vida se beben en él. El que quiso así, "no pasó en vano por los caminos de los hombres".

Hay algo peor que la mujer impura y es la insípida. Húyala.

De nuevo, perdón por la prédica.

Las viejas sólo para esto servimos...

Amigo,

hoy he leído su artículo[8]. Sus broches artísticos de comentarios, en que aprisiona las citas me han hecho acordarme de Gómez Carrillo. Ud. no escribe como los jóvenes, es decir como los muchachos: hay sabiduría en sus manos y un buen gusto que a su edad —ni a la actual— tuve yo nunca. Su corta y fina frase *francesa* deleita. No le estoy haciendo la *pata*. Como buena maestra de niños, soy sincera.

Me gustó mucho lo de Jiménez y lo de otros.

Le mando algo sobre la paz, hecho en estos días. Le ruego no lo lea a otros. Algunas veces, hago estos envíos reservados y cualquier día *Sucesos*, las revistas pedagógicas lo han lanzado. Y... quiero tener algo inédito.

Ud. leería mi poema del nido en *Primerose*[9]. No sé de dónde lo tomaron. Le he hecho muchas correcciones. Va mi poesía única querida: *La maestra rural*. No quiero en ella el arte sino la idea religiosa.

Ayer ha debido Ud. fatigarse muchísimo de mi sermón ardoroso. ¿Verdad?

Pensando en él, soy buena esta vez.

Lo saluda afectuosamente.

Gabriela Mistral.

Los Andes, 1915.

.....

Escríbame siempre que pueda, amigo Labarca; y, sobre todo, notícieme de su labor; dígame a qué se dedica, qué lee, qué querría leer.

Mis agradecimientos, mi reconvención por tantas bellas mentiras bien intencionadas dichas sobre mí, y la expresión de mi amistad muy sincera.

Gabriela Mistral.

P. D.— Aplaudo su dedicatoria al maestro Tondreau, que todos respetamos[10].

Compañero y amigo,

celebro los progresos de *Figulinas*.

Muy sobrio, de mesurado elogio y de exactas apreciaciones su estudio sobre escritores españoles.

¿Por qué no le solicitan colaboración a Verdugo Cavada, poeta de verdad, viril y magnífico? Y a una dama de alto espíritu: a la madre de Vicente G. Huidobro. Vaya a verla a mi nombre y pídale algo[11].

Creo que para el Nº próximo le mandaré el juicio sobre el libro de Prado, más que juicio, loa ardorosa y justiciera[12].

Me place el elogio de Ortiz a Ud.: sé que tiene difícil la alabanza.

Después de la prosa sobre Prado, que no irá firmada, porque sería ridículo que Gabriela Mistral se volviera crítico de la noche a la mañana; dejaré descansar a *Figulinas* un tiempo. ¡No es posible atiborrarla de producciones mías!

¿Quién es María Monvel? Me gusta: es sencilla y emocionada.

Me place también saberlo amante de los muertos. ¡Yo no me explico el amor sino por los muertos, que ya no pueden traicionar ni desgajar la ilusión! No leí nunca nada de la señora Concha. Las mujeres nos conocemos bien poco en Chile.

[6] *Ginés de Alcántara* es seudónimo de Juana Quindos de Montalva, fallecida en 1952.

[7] El seudónimo en referencia es *Coeur de Moineau*, que efectivamente había comenzado a usar Eugenio Labarca en sus producciones.

[8] El primer párrafo de esta carta se refiere al artículo sobre Gabriela Mistral que Labarca había publicado en *Primerose* y que reprodujimos en la Introducción.

[9] Se refiere a *El canto al nido*, publ. en *Primerose*, Chillán, en el número correspondiente al 1.º de septiembre de 1915.

[10] El artículo de Labarca sobre Gabriela Mistral publicado en *Primerose*, aparecía dedicado a don Narciso Tondreau, como ha podido verse en la Introducción.

[11] La madre de Vicente Huidobro aquí mencionada se llamó María Luisa Fernández y empleó en las letras el seudónimo *Monna Lisa*.

[12] El anunciado juicio sobre el libro de Prado tal vez quedó escrito, pero como *Figulinas* no publicó sino el segundo número de que se trata en esta carta, allí no pudo ser publicado.

¿No será bueno que se busquen un retrato de Prado —bueno— para acompañar mis palabras sobre su libro?

Lo saluda con condialidad sincera.

Gab. Mistral.

. . . . . .

Tuve que ir, sin pensarlo, a Stgo. Procuré allá saludarlo y pedí le diera mi dirección a un joven Molina, su compañero. ¿Le dió mi recado?

. . . . . .

Correspondo efusivamente su saludo de Año Nuevo. En mi nombre, preséntelo usted a su familia, que estimo sin conocer y cuyo bienestar me interesa.

En cuanto a sus proyectos literarios, poco tengo que decirle. Que, egoístamente, yo lo celebro por ver a través de usted, más límpidas que a través de mi propia alma, las figuras admiradas y queridas de Nervo, de Alone, de Winter. Yo soy una insaciable de impresiones ajenas sobre los que aprecio; de Nervo me he propuesto recoger cuanto encuentre en diarios y revistas. Me interesa más como alma que como literatura. Alone es una de mis escasas amistades intelectuales definitivas en Chile. A Winter lo respeto profundamente. No es que le pida, es que le exijo, que me elimine de ese corro. Es peligroso, es demasiado cruel, mejor dicho, poner un espino en medio de una flora elegante y refinada. Por mis años, me ha de obedecer usted, ya que no por una autoridad literaria o moral que no tengo.

Son los libros modernos más interesantes estos en que se estudia a los artistas contemporáneos. Lo mejor del mundo hoy son las almas que están viviendo, almas estupendas, que justifican la profecía de Maeterlinck sobre un grado sumo de espiritualidad del planeta. Estudiarlas con una intención sincera de belleza y de verdad, me parece noble e interesante.

Quiero hablarle largo de Juan Cristóbal; pero ya no será hoy. Un encargo: que me busque el Diario de Amiel, en castellano; quiero obsequiarlo a un amigo que no lee francés. Otro: que me busque en las librerías un Dic. de Sinónimos. El primero será de adquisición inmediata; el otro no. Me puede dar el precio, mientras. Prefiero en el Amiel la pasta al libro en rústica.

Perdone mis molestias de siempre.

Saludos cariñosos de *Gab.*

¿Cuál es la dir. de Lhery?

Distinguido amigo,

a las tragedias que he tenido en mi casa primero y a un trabajo árido para el que he tenido mucho que consultar, se ha debido mi silencio, que Ud., que me conoce no podrá atribuir a otra cosa.

Le agradecí de verdad sus expresiones, sobre el año que se fué, si bien ha exagerado Ud. Todos los jóvenes exageran siempre.

Tengo que pedirle un servicio: una crítica del libro de la Sra. Labarca Hubertson, que yo no puedo —no sé— hacer[13]. Ud. sabe que se trata de una obra emuladora, por la que soplan grandes alientos. ¿Tiene el libro? ¿Se lo envío? ¿Podrá complacerme? Le sería hondamente reconocida de este nuevo favor. Contésteme muy pronto.

Lo que hay de indudable es que Ud. hizo en un año lo que otros no hacen en cinco: imponer su original y hermosa personalidad y hacerse oír entre tantos que en Santiago pugnan por lo mismo: una legión. Es mucho. Y nadie, fuera de los suyos, se alegra más de sus primeros éxitos que yo. Lo mejor que ha habido en mi para Ud. es la clarividencia para decir que había en Ud. pasta de artista. Se lo he dicho a Ud. y a otros y algún día lo diré a todos.

Salude a los suyos con mucho cariño.

Con el mejor afecto. *G. Mistral.*

Mi distinguido amigo,

tengo que pedirle muchas, muchas excusas por mi silencio de este tiempo. Primero una enfermedad; después trabajo; después dejación. Cada día me vuelvo más perezosa . . .

Gracias por el lisonjero —¡demasiado lisonjero!— retrato mío que ha hecho usted a la señorita Claro; espere usted el desengaño que le ha preparado con su pintura ideal. Me parece una encantadora persona y sus cartas —dos— que he recibido me proporcionan una de mis pocas alegrías.

Ahora le contestaré lo de su crítica a *Tierras extrañas*[14].

Conozco un poco a mis colegas, aunque sea de lejos. Comprendí que su crítica no iba a satisfacerla, por dos puntos de ella: 1º Decía Ud. que la crítica había sido solicitada, y como el público no sabría que era yo quien la había pedido, aparecía ella como solicitante. 2º Por ahí le daba Ud. algunos puntazos al estilo . . .

Cuando llegó su artículo, había aparecido ya el Nº siguiente. Le decía yo remitiéndoselo, que creía que no alcanzaría a ingresar en el material. De ese temor mío, se tomó pie, creo, para no incluirlo. Rechazo no hubo; diplomática excusa sí.

No nos sentiremos ni usted ni yo con nuestra compañera. ¿Verdad?

Ahora, una noticia, pero en secreto, muy en secreto. Como tal me lo han contado; pero yo soy mujer, y me pica la lengua por divulgarlo . . . ; Mejor dicho, a usted, que es a quien interesa, no se lo puedo ni quiero callar. Condición, que doy por aceptada: que usted no lo divulgue.

Le copio este párrafo de una carta de hoy:

13 El artículo para *Familia*.—Nota de Gabriela Mistral.

14 La novela *En tierras extrañas*, fué publicada por Amanda Labarca Hubertson, como se verá en alusiones ulteriores.

"Me ha tocado hacer esa primera revisión que se hace en los originales de un concurso para eliminar lo francamente malo y aún lo mediocre. (Aludo al certamen de *El Mercurio* de Valp.). De 60 trabajos en prosa he dejado 6. Lo único que me ha llamado la atención es una crítica de su amigo E. Labarca, sobre Nervo. *Un poeta místico* se llama.

Ojalá que al miembro del Jurado, que es casi quien decide de los premios, le dé su trabajo la impresión tan francamente favorable que le ha dado a mi informante. Desde luego, mis parabienes.

Usted me pedía juicios sobre Nervo. Se los daré otra vez literarios; sentimentales se los doy al pie, copiándole párrafos de una carta mía para Amado Nervo, carta escrita hace muchos días y que no sé si mande.

"...Le hallo a usted, Amado Nervo, en cada día y en cada llanto mío. Con sus versos en los labios fuí yo hacia el amor, ellos me ayudaron a querer, y cuando se fué el amor, ellos también me ayudaron a sollozar "de modo sosegado y acerbo". ¿Qué extraño, pues, que le escriba con un temblor incontenible en las manos, y para espantar un poco esta ternura angustiosa busque esta cosa helada y antipática que es una máquina de escribir y le envíe en filas correctas lo que habría ido en tipo irregular y sacudido?".

..."Me escribe Jocelyn Robles y me dice que en carta suya a él se ha manifestado usted agradecido por mis fervores para su verso. ¿Es ironía, Amado Nervo? ¡Usted agradecido de mí! ¡Es un colmo! ¿Qué habría entonces de mí hacia usted, a quien debo el alma posiblemente tanto como a Dios, o más, ya que esta alma mía de hoy es otra cosa que la que traje a la vida y le hallo a usted a cada instante en sus pliegues recónditos?"

Me dice mi amigo de Valp. que sólo en un punto está en desacuerdo con usted. Dice usted que considera a Nervo sucesor de Darío. Yo pienso que son dos almas muy diversas la del nicaragüense y la del mexicano y que generalmente se llama sucesor a uno que tiene los "modos" artísticos y la enjundia espiritual del muerto. Creo haberle dicho alguna vez que Darío, a pesar de toda la maravilla de su verso jamás se adentró en mi corazón como este místico dolorido y sereno. Me parecen diversos, de la mayor diversidad que cabe entre dos almas. Darío era un pagano, siete veces un pagano; éste es el Tagore de América.

De más está que le diga cómo me ha regocijado su elección de motivo para su estudio. Ha buscado usted no sólo un poeta a quien admiro, sino uno que quiero, con una ternura única, que es muchísimo más que una helada estimación intelectual.

Fuí a principios de marzo a esa, pero sólo por un día, que pasé casi íntegro con la mamá de Vicente Huidobro. Le dejé los prometidos libros para sus hermanitos; pero, como tengo la memoria que usted me conoce, no me acordaba de los nombres, y de ahí que fueran sin dedicatoria. En otro viaje, lo pasaré a ver y tendré oportunidad de colocarla.

Agradecí mucho su ofrecimiento de visiones frescas en el campo. No pude este año salir, por mi mamá, ya viejecita y a quien no hallé buena compañera.

Hasta luego. Dígame qué cosas me quedan por contestar.

Salude a su señora madre cariñosamente.

Su compañera que lo distingue. *Gabriela*[15].

Mi distinguido amigo,

para evitarle trajines le comunico, *en reserva,* la historia de los concursos femeninos.

Hace días se me comunicó particularmente que yo tenía 2 premios, uno en cada tema. Me extrañó: en poesía yo no digo ni dentro del sobre mi seudónimo conocido ni mi nombre. ¿Cómo se sabía, pues, que eso era mío?

Ayer me llega carta confidencial y se me cuenta la farsa. No creyéndola, pregunté a mi amiga la Sra. Labarca por la verdad de todo esto. Me contesta: En poesía se le ha dado 2º premio. Las 2 Sras. miembros de este jurado, votaron por la poesía mía; don Fco. Concha votó en contra: la poesía era, dice, modernista, oscura...

Justifico a don Fco.: defiende su escuela agonizante... Pero ¿cómo se explica Ud. lo de saber el nombre?

Me comunica la Sra. Labarca que en prosa no han fallado aún, porque aún no terminan de ver los trabajos. ¿Cómo se explica, entonces, la apertura de sobres antes y la noticia que me envió una respetable dama sobre el fallo de este jurado? ¡Cosas misteriosas! ¡Cosas de mujeres!

Ayer puse a mi amiga la Sec. este telegrama: "Renuncio premio 2º y ruégole retirar mi trabajo prosa..."

Como lo de Paolantonio ¿verdad?[16]. Un poquillo en ridículo me he puesto... ¡Qué hacerle!

Saludos cariñosos. *G.*

Amigo,

tengo un poco de tarde para conversar con Ud.

Le agradezco todos sus datos. Sensible es que el "Círculo de lectura" sea más social que literario. Siempre que se forme un prestigio intelectual encomendando sus conferencias a personas como Donoso y Alfonso, irá bien...

15 Escrita después de marzo de 1916, ya que según referencias dispersas en la misma carta, cuando la escribió Darío ya había muerto (falleció en el mes de febrero de 1916), y en el mes de marzo Gabriela Mistral había estado en Santiago.

16 Franco Paolantonio, pintor italiano radicado en Chile.

Me regocija saber a Ginés bondadosa, abierta, suave. Y me halaga como la mayor conquista literaria saber que su mamá me estima. Dígale cómo le agradezco su simpatía.

Me pregunta Ud. por J. I. de la Cruz. El asunto es largo de contar, amigo Labarca[17].

La Srta. J. Inés me envió con muy halagadora dedicatoria su libro. Le contesté en 4 líneas, pero muy cordiales. Sin grandes elogios, pero sin frialdad, con intención fraterna. Dicen que esas líneas le hicieron el peor efecto, por su brevedad y por lo diluído del elogio. Así las cosas, un chismoso me instó con majadería suma a que le dijera lo que pensaba del libro. Me excusé tres veces; al fin hablé... No dije nada grosero ni irónico. Dije que me parecía que hay en J. Inés temperamento artístico verdadero, que aún no da su expresión acabada. Dije que el libro no me había dado emoción alguna. Agregué: Algunos explican por ahí que son rimas muy sutiles. A mí las cosas muy sutiles "se me escapan". Dije: Se parece a todo eso que hasta hoy hemos escrito las mujeres de América, excepción de una enorme D. Agustini, una E. Vaz-Ferreira y una J. Borrero.

El chismoso llevó eso y —quiero creerlo así— lo abultó y lo condimentó, ello es que (él mismo me lo contó) la Srta. J. Inés lloró y dijo, ella a su hermano: "Gabriela Mistral me tiene envidia. Mi libro lo juzgaron Fulano, Zutano, Mengano que saben más que ella. Envidia pura". El chismoso, probablemente, condimentó las palabras de J. I. como las mías.

La acusación de envidia es tan infantil, que es lástima perder tinta en defenderse...

Tengo una facultad de admirar tan intensa y hermosa, que es lo mejor que Dios puso en mí. He dicho mi elogio cálido a las mujeres talentosas de mi país. Escribí largo y fervoroso sobre la Sra. A. Labarca H., presenté a *Familia* a una Srta. Azevedo[18] a quien no conozco, pero a quien creo capaz de dar belleza mañana; Iris sabe cómo la admiro; sufro pensando en la dulce Shade. Respecto a las de afuera, ya conoce Ud. mi devoción por Ginés. A D. Agustini la nombro como quien nombra a un grande amor. Tengo un fanatismo por esta artista enorme y fatal. Proyecto escribir sobre ella un largo y cariñoso estudio. Nadie ha admirado más a la ardiente uruguaya, entre las de su sexo.

¡Yo envidiosa! si no fuera zonzo, eso sería perverso.

Enemiga de pelambres "de comadres" deseo que no se me cite ante J. Inés; no hay para qué molestarla.

Honrada yo como la que más, cuando dé un libro hermoso (y espero que lo dará un día) diré que lo es, y me descubriré ante ella, sin que influya en mi juicio el infantil cargo que me ha hecho...

Me alegro que me acepte lo de *Luz y Sombra*. No necesita Ud. mi tarjeta; pero yo estaré muy contenta de hacerla, por innecesaria que sea.

A fines del pte. irán los libros, por conducto de una compañera que reside en esa. Estoy contenta de que se me permita obsequiarlos a sus hermanitos. Me dará Ud. el nombre de los tres. Les dará mis cariños.

Que sus exámenes vayan muy bien.

Su amiga que lo distingue. *Gab. Mistral.*

No está de más que le diga lo que pienso sobre la literatura femenina en general, sin especializarme en nadie. Hay una montaña de desprestigio y de ridículo en Chile echada sobre las mujeres que escribimos. Hubo razón en echarla. Sin exceptuar ni a doña M. Marín del Solar, la mujer en Chile se ha extendido como las feas enredaderas en guías inacabables de poemas tontos, melosos y lagrimosos, galega pura, insipidez lamentable, insufrible gimoteo histérico. Y lo que nos ha pendido es la *pata* de Uds., el elogio desatinado de los hombres que no se acuerdan al hacer sus críticas, de los versos escritos por tal o cual mujer, sino de sus ojos y su enamoradizo corazón... Nadie tiene más interés que yo en que, al fin, demos algo las chilenas como ya han dado las uruguayas. Sé que la obra hermosa de una nos prestigiará a todas y cubrirá siquiera en parte, las vergüenzas de tanta hojarasca loca y necia. Haga esa obra J. Inés, o B. Vanini, la O. Azevedo, y yo gozaré con la victoriosa. Le confieso que este egoísmo me hace desear que Ginés esté en Chile mucho tiempo. Aunque no es nuestra, es mujer y nos arroja esplendor. Porque he ahí un talento de verdad y que puede conseguir que alguna vez se tome en serio en Chile la producción femenina.

Opiniones son todas estas que Ud, reconocerá sanas, perfectamente sanas, pero que yo nunca daré en público porque los que no me conocen —y son los más— verán en ellas intenciones adversas para mis colegas. No hay tal. Soy franca y llego a parecer ruda entre la comparsa galante y almibarada de los alaba-poetisas. ¡Nunca perdonaré a los que publicaron mis primeros balbuceos con gran bombo, sin ortografía y con pésimo gusto! *G. M.*

Distinguido amigo,

perdone mi largo silencio. He estado muy ocupada, Hoy, mi primer día de feriado, le escribo.

Sentí la muerte de *Figulinas*. Es natural. No da Santiago para una publicación de índole netamente artística. Sólo un poeta millonario, un Prado o un García Huidobro, puede, heroicamente, salir airoso con una empresa así.

[17] Juana Inés de la Cruz, seudónimo de Luisa Anabalón Sanderson, que desde su matrimonio con Pablo de Rokha adoptó el seudónimo Winett de Rokha. Falleció en 1951.

[18] Olga Acevedo.

Hondamente agradezco el ofrecimiento de su casa. Ando siempre en pensiones. Soy una huésped tan odiosa. No como carne y paso el día en la calle... Sólo en pensiones pueden tolerar todo esto.

Retribuyo su gentileza. Tiene Ud. y su familia su casa aquí: Liceo de Niñas.

Sentí mucho que Osvaldo Molina no le diera mi recado ese día. Deseaba saludarlo. Será otra vez.

No voy a Santiago en este mes, estoy muy cansada y quiero recuperar fuerzas para mi labor, mi única razón de vida. A los niños me he dado y sólo para ellos guardo mi salud y mis bríos. ¡Soy una solterona enamorada de los hijos ajenos!

Mi saludo cariñoso. *Gab. Mistral.*

Andes.

Mi distinguido amigo,

muy hermosa y fraternal su carta. La he guardado como guardo muy pocas: las que tienen belleza y calor de sinceridad.

Comprendo su amor por la ciudad; ella es un vicio del siglo y, sin duda, hay refinamientos del espíritu que sólo pueden alcanzarse en una ciudad, florecimiento supremo de la personalidad que exigen la fiebre, el espectáculo soberano de dolores y pasiones, que sólo la ciudad da. Puede que un día yo la necesite imperiosamente. Soy mujer de enormes evoluciones. Hoy no la quiero, más aún, me hace daño: ¡tengo unas hambres de paz, de mucha paz, que no logro saciar!

Ha debido desconcertarlo a Ud. mi desengaño de las cosas y de los seres. Pero no me he vuelto agresiva hacia ellos; el dolor me dió un poco de dulzura, pero no en cuanto a forma. Sobre las escritoras de que se ocupó, siento decirle que no las conozco a todas. No sabía siquiera que Gómez Carrillo era casado.

Me interesa vivamente una francesa: Pierre de Coulevain. Me han encantado sus novelas. Es muy femenina y original. ¿Ha muerto? ¿Sabe algo de ella Ud.?

A propósito de mujeres que escriben. Aquel Ginés de Alcántara ¿dónde vive en Santiago? ¿Por qué no la va a ver y le escribe algo? *Sucesos* indudablemente lo aceptaría. ¿Es joven?

Otra pregunta aún: ¿Tiene Ud. *La soledad sonora* de J. R. Jiménez?

Me despido recordándole la expresión de mi gratitud y ofreciéndole una vez más mi invariable amistad. *Gab. Mistral.*

P. D.— Para el criterio que invariablemente le dicta a Omer Emeth sus críticas acerbas sobre los modernistas su juicio sobre mis *Sonetos* me pareció benévolo. Los ataca sólo moralmente...[19].

Mi distinguido amigo,

gracias por haber aceptado la comisión encomendada, de por sí odiosa, pues en estos asuntos, más vergüenza da al que reclama con justicia que al que hizo su bellaquería...

Verdad es que no le he cumplido lo prometido referente al envío de poesías. Será tan luego pueda copiar algo. Ya no irá *La maestra rural,* que Ud. vería en *Sucesos* muy bien ilustrada, el jueves[20].

Con ese agradecer que tengo yo, emocionado y profundo, leí en su anterior y leo en la última, una pregunta sobre traslado mío a esa, y envuelto en la pregunta el deseo de ayudarme.

He aquí la cuestión:

Hay dos únicos puntos que me hacen desear una estadía definitiva en Santiago, la Biblioteca Nacional, es decir, la facilidad para leer libros que necesito, y los teatros, algunos, es decir, la comunión más continua con otras formas de belleza: la música, el drama.

Dos grandes bienes, en verdad; pero vea Ud. el reverso, lo que jamás me daría Santiago.

Para vivir dichosamente, yo necesito cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles. ¡Sólo los ricos tienen en esa estas cosas!

Algo más que robaría Santiago: la paz; sería imposible aislarse del todo allí y... cómo envenena la vida la mala gente, léase *literatos. Resérveme el juicio,* pero justifíquelo. ¡Cómo se muerde y se hace toda clase de daños esa *casta divina.*

Por eso le decía que los tales J. F.[21] me eran la cosa más odiosa del mundo; me acercaron a *luminosos* cerebrales que tienen el corazón podrido y que no conocen la lealtad; me pusieron entre ellos y cada vez que entre ellos estoy, quisiera no haber sido nunca otra cosa que Lucila Godoy... Verdad es que, con videncia del peligro, los he rehuído lo posible *personalmente,* pero, de todos modos, me han dañado más de lo que me han

[19] Esta referencia a Omer Emeth parece tener base en el comentario que el crítico de *El Mercurio* hizo en *El movimiento literario,* 18 de octubre de 1915, al *Libro de los Juegos Florales* que acababa de aparecer. De las diversas composiciones publicadas, Omer Emeth, como era de rigor, comentó sólo los *Sonetos de la muerte.* He aquí el fragmento sustancial de su comentario:

Sonetos de la muerte son y también de los... celos... Merecerían llevar por epígrafe la famosa frase bíblica: *Fortis ut mors dilectio et dura sicut infernus aemulatio.*

En punto a venganzas, no las hay hermosas si no consisten en vencer al mal a fuerza de bondad.

No así las de estos sonetos.

Y después de citar algunos versos de Gabriela Mistral en aquellos *Sonetos de la muerte,* Omer Emeth agregaba:

Escrúpulos tiene, sin embargo, la que habla en estos versos ya que al final del tercer soneto dice:

¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?

¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Aquí, en mi sentir, falta de un poco de contrición... Dios lo comprende todo, sí; pero comprender no es perdonar ni mucho menos aprobar.

Estas observaciones no obstan para que los tres sonetos no sean dignos del premio que les fué otorgado.

Al fin y al cabo Gabriela Mistral ha traducido un estado de alma egoísta y, como tal, muy conforme a la triste realidad humana.

[20] Este importante poema, uno de los más significativos de Gabriela Mistral, publicóse en *Sucesos* el 14 de octubre de 1915.

[21] Las iniciales J. F. representan a los Juegos Florales, esto es, a los de 1914 en que fueron premiados de Gabriela Mistral. *Los sonetos de la muerte.*

deleitado con su conversación, o con sus cartas, o con sus comentarios. Porque, no sé si se lo he dicho a Ud. alguna vez, nada del mundo vale para mí lo que un buen hombre, un ser de corazón fresco y fragante que no chorree jugo verde de malevolencia. Si algo vale en mí, no es un mal verso o una mala prosa, es mi sinceridad casi desconcertante, mi lealtad para los míos, mi imposibilidad para herir a nadie cobardemente.

La vida ya fué para mi demasiado madrastra, y me dejó este miedo, casi terror, de las gentes. Este pueblo en que a nadie conozco, es propicio a mi resolución de aislarme con mis heridas y con mis desengaños; otro, Santiago, por ejemplo, tendría que cambiar mi rumbo.

Hay algo más: Ud. que no conoce *por dentro,* los círculos pedagógicos, ignora, sin duda, qué rara cosa es encontrar una jefe buena, clemente, tranquila, para trabajar. Particularmente en Santiago, las directoras de liceos se parecen a los literatos...

Hace 7 años que trabajo con una misma persona, más hermana que jefe. Ni quiere que la deje ni quiero yo, que le debo toda la paz de mi vida actual, dejarla.

En enero la Asociación de Educación Nacional me habló en el sentido de conseguirme un traslado, y yo le dije lo que a Ud.: sólo con una directora de su *casta* iría yo a Santiago. Es una cosa muy rara y muy inapreciable una compañera de labor tan honorable y fraterna; se sirve a tal superior con honra y placer...

La directora del Liceo tiene por mí verdadera estimación, y fácil me hubiera sido pedirle algo; pero... tengo miedo de batallar con un carácter de alemana... Ya las conozco: trabajé con una en La Serena y me envejeció...

Si un buen día otras circunstancias me hacen desear irme, no olvidaré que es Ud. mi amigo y que puede ayudarme.

Pasemos a otra cosa. Leí su fino artículo en *Primerose* ¡Muy bien! ¿Y quién es la poetisa novia? ¿Y quién el novio?

Tengo un proyecto: cuando vaya a Santiago, llevarle personalmente algo suyo a Santiván, para *Sucesos*. Espero realizarlo.

Perdone esta carta tan larga. Es un mal hábito este de escribir cartas kilométricas. Ud., francés, gomezcarrillesco, benaventiano, cómo abominará de esto pesado e inacabable...

Lo saludo afectuosamente. *L. Godoy.*

Eugenio (ya está usted complacido, mejor dicho, obedecido).

Hoy le mandé telegrama, y carta (tarjeta) a Emita Claro, con unas noticias para usted.

Hablemos de los concursos. Yo esperaba, a pesar de todo mi pesimismo para los concursos, otra cosa del de *El Mercurio,* mas, ya ha visto usted: el primero o segundo premio de Parraguez, se parece a la flor natural de Peláez... Peláez; bien decidor el apellido y excelente para un verso de esa calaña. Perdóneme usted; me he vuelto muy peladora. Pero si lo que hacen es una vergüenza. Están haciendo creer al público, ya bastante imbécil, que es poesía *eso* que hace Peláez y que es literatura la *mercadería* que por honesta premian a Parraguez. Da asco, verdaderamente.

A mí no me doliera un segundo o tercer premio para usted si el premio anterior lo tuviera una persona decente; pero aquel don Ismael... Pienso, sin embargo, como usted que no podían dar un premio 1º para el tema en prosa a una crítica, porque el objeto debe ser premiar un cuento.

¿Leyó aquel homenaje en *Sucesos* para la Reina porteña? El soneto de Bravo le ha valido insultos medios rotunos en *La Unión.* Pero hizo bien Bravo; fué valiente; dijo lo que otros hemos pensado, pero no nos hemos atrevido a cantar...

Dije a Carrera mandándole su artículo que me gustaba mucho; él me dice que su impresión es la mía.

Y volviendo a Peláez: Fenicio, su compatriota, le dijo dos bravas verdades. En fin, no todos los españoles son tontos...[22].

Me ha dado una impresión de alma bíblica Winter. Si no estuviera tan escasa de tiempo le escribiría. Luego irán sus cartas, que en este momento no tengo a mano.

He mandado a Ginés una poesía para Carmen Sylva, que no es en verdad para ella. La obsesión de la muerte es tal hace dos meses, que no puedo escribir sobre otra cosa y en vez de cantar las manos misericordiosas de la dulce soberana, me puse a preguntarle de la otra vida...

Pícaras, donosas, sugerentes, las cartas de Ginés. Me gustaría conocerla. Pero soy tan huraña, tan fierecita de la montaña...

Me parece su artículo para Ch. N. uno de los mejores que ha hecho usted.

Escribiré luego a nuestra hermosa hermana.

Ha tenido usted razón, amigo. Es ya inconcebible tratarse con etiqueta después de una amistad casi vieja y muy honda. Dígame usted Gabriela o dígame Lucila, y créame una hermana solterona a la que se puede confiar todo...

Son una nota fina y encantadora sus cartas. Aunque habla usted otra lengua que la primitiva mía, lo estimo y lo admiro.

Salude a su mamá. Tengo a la mía resfriada y de ahí que no le escriba más largo. Me voy a contarle cuentos a la orilla de su cama.

Su amiga *Gabr.*

22 José Peláez y Tapia, escritor español avecindado en Chile. Alfredo Guillermo Bravo, poeta chileno. Luis Enrique Carrera, escritor chileno fallecido en Buenos Aires en 1943. Fenicio es seudónimo del español Mario Mitjans, periodista.

Eugenio,

lo felicito por su conferencia y por la publicación prestigiosa en *Pacífico*. Escribiré a Winter sobre sus palabras justicieras y nobles.

He recibido la revista de Lhery, que me ha gustado. Usted sabe que soy una cariñosa abuela de los muchachos artistas. Me pidieron colaboración. No he contestado. ¡La mal educada de siempre! A *Selva Lírica* no he mandado nada, a pesar de reiteradas peticiones porque me hice el voto de no publicar en Chile hasta después de un año, en vista del inmundo criterio de los grandes semanarios, en los que cualquier patán millonario puede insultar a los artistas. Pero me han obligado demasiado los muchachos de *Alboradas* y, para no ponerme mal con los de *Selva* y con otros, le pido este servicio, con el que lo obligo a mentir. Usted dará a Lhery la poesía adjunta diciéndola que se la cede particularmente, no como envío de G. M. En nota al pie de la poesía, él hará constar esto. Está inédita. Me guardará usted el secreto.

Un abrazo para la Emita y para usted y los suyos mis expresiones de siempre. *Gabr.*

Andes.

P. D.— Mucho cuidado con las pruebas. En *Interrogaciones* hay un error: nectares por *nectario*.

Eugenio:

Ni olvido ni malevolencia. Usted debiera estar más seguro de mi estimación. Si se la demostré bien cuando usted empezaba ¿por qué a menos de ser envidiosa, había de retirársela hoy que usted triunfa? Sólo que usted antes necesitaba un poco de mí: para estimularlo, para decirle su propia verdad interior. Hoy no. Y yo casi siempre me alejo del éxito y me acerco a los que principian. Aquellos están seguros.

Le mando mis Poemas de la Madre. Están casi inéditos, pues los dió una revista que sólo circula entre profesores: la R. de Ed. Nacional. Se publicaron, con éxito, en Buenos Aires. Yo temía —y temo— que espanten a las beatas, porque aunque son puros, son crudos.

Bese por mí al hijito de Emita Claro, a quien he de dedicar una de mis poesías infantiles.

Salude a los suyos con mucho cariño, en especial a aquel bravo y fuerte Santiago.

Su amiga de siempre. *Gabr. Mistral.*

23 de Oct.

Mi estimado Eugenio,

usted y nuestra querida Emita están siempre cerca; pero las clases... dejan tan poco tiempo!

Aún no he hecho nada; mas, es cosa de veinte minutos de caldeadura de emoción. Ha de darme usted, eso sí, datos que necesito. ¿De qué se ocupa Winter? Ha de mandarme la *Fuga* y alguna poesía más[23]. Procuraré ser breve, para no fatigar. En todo caso, debo serlo más que usted, porque un prólogo no puede exceder al libro...

Muy agradecida mi jefe y yo a usted y a nuestra hermana por sus afanes. Uno más: ¿Han enviado la solicitud a Antofagasta para el informe? Necesitamos este dato. Para abreviar se ha telegrafiado al Intendente. Le ruego nos dé este dato.

Otro servicio más. Leo hoy que apareció *Repiques*, de Fray Apenta[24]. Debe mandarme su libro, pienso, porque el anterior me lo mandó; pero por si no viniera, cómpreme usted un ejemplar, Eugenio, y me lo envía con el dato del precio, indispensable si he de ocuparlo otras veces.

Dígame usted si algo oye por ahí de la nueva edición de *La sombra inquieta*. Injustamente sé que se ha interpretado mi actitud respecto a este libro, que es lógica en quien conoce el de Pena.

Le doy, conforme su indicación dos nombres de muertas a quienes llamar: Marcelina Aracena, Rosa Ossa.

Aquel joven Parrau a quien evocaron no conoció nunca Los Andes ni pudo, por lo tanto, morir aquí; no era masón. Vivió y murió en Antofagasta.

A pesar de todo esto me interesan siempre las experiencias de ustedes[25].

Acabo de hallarme con una carta mía a Ginés que creía haber mandado. ¡Qué memoria!

A Margarita escribí el sábado.

A usted y los suyos, entre los que queda la Emita, los saluda con cariño. *Gabr.*

Mi distinguido amigo,

estamos de acuerdo: imposible leer el Quijote en el año 1916, con el deleite con que lo lee gente "arcaica", a la que, posiblemente, le hable de cosas que son, todavía, su actualidad viva... Pero, aunque piensen como nosotros todos *los que piensan*, no lo dirán, se lo aseguro, porque se considera una especie de horrible sacrilegio tocar sin reverencia rayana en idiotez ciertos huesos más santos que los de los santos. Y si quien lo dice en público es una maestra, habría antecedentes para destituirla...

Cosa perfectamente distinta me pasa con Shakespeare. Este es hombre para todos los siglos; este es el artista universal y de todos los tiempos. Otelo anda por ahí; yo lo conozco, y Hamlet... quién no lo ha visto en ciertas noches, en ciertas zonas del alma... Me parece inícua la pereza y el desdén con que se ha mirado su centenario en la América.

23 Se refiere a *La fuga de los cisnes*, el poema más conocido de Augusto Winter.

24 Fray Apenta es seudónimo de Alejandro Baeza (1891-1950), cuentista y crítico literario, cuyo libro de ensayos literarios *Repiques* produjo gran revuelo.

25 Por estos párrafos de la carta puede colegirse que en la familia Labarca se llevaban a cabo en esa época sesiones de espiritismo.

Me ha sugerido todos estos comentarios la lectura de su carta, pues el diario con el artículo que me anuncia no llega todavía.

¿Por qué no ha mandado algo a Carrera para *Chile Nuevo?* Yo le he hablado a él de usted varias veces.

He celebrado la ocurrencia de don Enrique Molina. No sé qué pudiera hacerme cambiar de opinión, si lo conociera. En el físico, a pesar de ser mujer, me fijo poco, cuando se trata de gente de la clase de Molina. Son otros, desprovistos de todo encanto espiritual, los que deben tener siquiera, hechizo en lo físico...

Ahora he hecho la semblanza de un maestro a quien quiero mucho: don Max Salas Marchant, director de la normal J. A. Núñez.

¿Qué piensa usted de los J. F. cervantinos? Me dice un amigo: "Siento lo que usted no se imagina que haya tenido un premio en juegos florales. Hoy son sport sentimental de comadres del barrio y de caballeros más o menos generosos, que se han propuesto proteger, no el arte, la industria, *versil*..."

Me complace que mis cartas para el alma hermosa de Emita Claro pasen por sus manos; me parece, de este modo, que cuando escribo a ella escribo a usted también, y vice versa.

He estado leyendo a Emerson en estos días. ¿Conoce usted sus obras? Le gustarían.

No he tenido otra noticia del certamen de *El Mercurio*. Indudablemente, tiene este torneo más valor y respetabilidad (permítame el vocablo) que aquel cervantino, cuyo jurado era un racimo de ingenios cultivadísimos en literatura moderna...

Luz y Sombra saldrá otra vez, y en Santiago. Araya me ha ofrecido ampliamente sus páginas y Carrera también. Significa esto que el ofrecimiento es igualmente para usted. No lo olvide.

Tendré oportunidad de darle mis impresiones sobre su artículo una vez que me llegue.

A *ustedes* saluda cariñosamente. *Gabr.*

Andes.

Distinguido amigo,

sólo anteayer he llegado a ésta; de ahí mi tardanza en leer *Primerose* y en escribir a usted. Hoy me llega su estimable comunicación, fechada en Chillán.

Me da usted una sorpresa con el dato de su edad: no es el suyo un artículo de muchacho; está virgen de la alabanza almibarada, siútica y ampulosa que es distintivo del elogio a esa edad. Me ha venido a la memoria el caso de Armando Donoso, muchacho lleno de erudición, de una erudición liviana que se vierte en un decir galano y cristalino. Permítame, pues, que lo felicite, aunque yo soy *nadie*, que estreche su mano no sólo como agradecida, sino también como admiradora de unos diecinueve años tan espléndidamente ataviados! Verdad que ha hecho usted demasiado por presentarme a su público de Chillán en forma que tenga que aparecer grata a él; pero yo estoy muy orgullosa de que su labor literaria arranque de la emoción que unos pobres sonetos míos le dieron.

Voy a escribir luego a nuestro amigo el señor Robles; dígale que mis quehaceres, no mi voluntad, son culpables de mis tardanzas en contestar.

A propósito: hay dos errores en la poesía, y como allí, como en todas partes, habrá críticos rudos, querría que me hiciera la gracia de una rectificación. Son estos: "Tu gozo florecía". Debe decir: "En gozo florecía". El otro: "Y después hallaremos por una eternidad". Debe decir: "Y después hablaremos por una eternidad". Algún otro hay que en este momento no me recuerdo.

.....

Eugenio, mi estimado amigo,

¿para qué empezar con la cantata de siempre: disculpe mi silencio? Me creo siempre disculpada por usted.

Mil gracias por sus gestiones en el Ministerio de Hacienda. Aunque no sale aquello...

Me entristece usted con su desgano. ¿Por qué no dar la conferencia? Aunque Winter no vaya, leerá su trabajo y yo, mi amigo, soy tan poca cosa! ¿Para qué le serviría? Para sentir hondo lo que usted diga de aquel hombre a quien ambos queremos, es cierto. Pero, leyendo su artículo y ayudada de mi imaginación, que es sobrado viva a veces, se consigue casi lo mismo. Lo vuelvo a decir: por poco usted se desalienta. Ahora en cuanto a mi prólogo, es verdad que tarda, ¿Pero qué cosa que a mí se me pida no tarda, si soy tan perezosa? Irá, Eugenio; usted sabe que irá. No dude de mí, porque sería eso lo único que no le perdonara. Es posible que lo haga en verso. Fíjeme una fecha si quiere.

La niñita Humilde Jara está en el sur[26]. Me dijeron esto hace unos diez días. No sé si se haya venido. En el Conservatorio deben saber el dato de su residencia. Creo fácil conseguir que lo acompañe. Hay aquí una amiga de ella que también lo es mía.

Me ha sorprendido su dato de que Jambrina viene. ¿Cuándo? Dígame si sabe el día preciso de su viaje, pues debo ir a esperarlo. Estimo mucho yo a este godo caballeroso, que con Juanita Quindos me está haciendo perdonar un poco a su raza[27].

Es justiciero usted respecto a él. Jambrina ha sido discutido en Chile como poeta; pero nadie ha de discutirlo como hombre cultísimo, como artista verdadero y como correcto caballero. (Perdone las rimas). Más de una vez me ha tocado defenderlo. Por-

[26] Humilde Jara, concertista de violín.

[27] Bernardo Jambrina, actor y poeta, autor de un soneto en elogio de Gabriela Mistral que hemos reproducido en la *Introducción*.

que no ha plagiado versos a Verlaine, por ahí no lo quieren... Con lo dicho, comprende usted que me sería muy grato verlo saludándolo en uno de sus finos artículos. No conozco a nadie en *Las Ultimas*. Sin embargo, hace poco, y por un asunto escolar —un pedido de Historias, que al fin no resultó— escribí a Díaz Meza, quien me contestó en forma sumamente amable. Esto no me faculta para pedir servicio; pero como se trata de usted, me arriesgo a que D. M. diga que soy una intrusa. No importa; no lo soy, y mi criterio en la materia es éste: Sólo ha de temerse que nos digan defectos que tenemos... Le mando, pues, para él, esas líneas. En cuanto a Santiván, acabo de escribirle. Tengo mala voluntad a *Sucesos*, no ciertamente por su redactor literario, que es tan excelente persona como literato, sino por un pelafustán que tiene por ahí y que, con fanfarronadas de *trepador* aleja a la gente de su revista. Le he escrito, aunque sé que a él le han llevado palabras mías sobre *Sucesos*, y le hablo de usted. Olvidé darle el seudónimo. Fírmese usted, por lo tanto. Veremos si aquello resulta; lo dudo, por los antecedentes que le doy.

¿Por qué no manda nada a *Chile Nuevo?* Diríjalo a Carrera y mande con confianza.

A la señora de Sanfuentes se le pasó la mano... Qué diría la gran Delmira si oyera. Afortunadamente yo no me creo, y mi verdad sobre la uruguaya será dicha en mi libro.

Procure usted que la Emita no se enoje conmigo; dígale que me vaya conociendo; pero que no me crea tan mala como mis silencios me pintan.

A todos mis cariños. *Gab.*

Amigo Labarca,

hoy he recibido su última gratísima. Me extraña que mi carta de hace tres días no le haya llegado. ¿La multarían, a pesar de sus dos estampillas, por el peso? Dígame si la recibe hoy.

Encantada de que haya tratado a Ginés de Alcántara y de que ella haya gustado de su charla fina y deleitosa.

¿Querría Ud. colaborar en *Luz y Sombra?* Le mandaría unas líneas para Carrera. Acepte.

Confidencialmente: no me gusta lo que escribe Alemán-Bolaños, así como a usted no le gustó lo que dijo en el *Círculo de Lectura*[28].

A propósito: ¿asiste buen número de gente allí? ¿Y de qué calidad *intelectual?*

Esto fuera de las que Ud. cita en su exquisita reseña.

Estoy sumamente apurada. Sólo el 25 respiraré bien. Pero escúcheme.

¿Tiene Ud. algún hermanito chico? (8 a 12 años). Querría mandarle algún tomo de la nueva edición de libros de lectura de Guzmán M., donde va mucho material mío.

Agradecida a Ud. por sus datos y su carta toda, su amiga. *Gabriela.*

Eugenio,

usted ha perdonado mi silencio.

La enfermedad me ha dejado mal un pulmón y escribir largo me cansa enormemente. Usted sabe que yo no puedo escribir de otro modo y comprenderá mi pena por esta tontería de la naturaleza. Pudo enfermarme de las piernas, que casi no uso, pues no salgo nunca; pero de un pulmón. Más, no vaya a tener miedo, creyéndome tísica: peso 80 kilos. No hay cuidado...

Escribiré ésta a ratos, para evitar mis dolores.

Hace muchos días que tengo cinco ejemplares de *Chile Nuevo* para mandárselos y he ido olvidándolo. Van hoy. Ud. proporcióneme aquella revista de Buenos Aires de que me habla nuestra hermana y que no he leído. Me han mandado libros de por allá; pero no mantengo correspondencia asidua con ninguno. La gente que vive muy lejos me parecen muertos...

Lo que tengo que ofrecerle para su conferencia es lo siguiente, Eugenio: un manojo de ideas sobre las almas del tipo de Winter. Hace mucho tiempo que pienso en escribir algo así, un elogio de los espíritus altísimos y desconocidos que son *la sal de la tierra, la luz del mundo,* como dice la parábola. Hombres y mujeres sin literatura, pero perfectos como el mejor verso de Homero; hombres que las revistas no dan a su público grosero y de ojo opaco y que son, sin embargo, los nombres que los dioses deben amar sobre el mundo.

Yo, Eugenio, no tengo interés sino en que estas ideas se den, se digan al gran público. Que las diga usted es como que yo las diga. ¿Quiere que las concrete y que las despaste un poquito y se las mande para que usted las agregue a su conferencia, como un preámbulo?

Si usted no aceptara esto, *pero sólo en este caso,* le propondría darlas por mi cuenta y hacerlas leer como preparación de su conferencia. Habría que buscar quien lea por mí; yo jamás leeré en público.

Le aclararé más mi intención, cuya sinceridad no le merecerá a usted, así lo espero, duda alguna. Quiero ayudarlo *espiritualmente;* quiero decirle de este modo mi honda, mi leal simpatía que es en absoluto con usted. Nuestra hermana me lo dice: "Es su primer paso en la vida literaria". Bien: yo querría tener en él alguna pequeña, humilde, escondida cooperación. ¿La acepta? Me proporcionaría con ello un gozo profundo; pero si, por cualquiera razón no puede hacerlo, tampoco será esto motivo de frialdad entre nosotros.

[28] Gustavo Alemán Bolaños, escritor nicaragüense; vivió algunos años en Chile trabajando en el periodismo.

No puedo escribirle sobre espiritismo; es demasiado largo de expresar todo cuanto necesito conversarle y... tengo que contestar varias cartas.

Escríbame. Hasta luego.

Su amiga. *Gabriela.*

Un abrazo para Emita y los suyos.

Amigo,

lo felicito calurosamente por 2 cosas: por la donosura de su artículo de hoy y por haber obtenido su publicación en *El Ilustrado.* Lindo su artículo.

Le escribo a la carrera.

Me dicen que en el concurso del "C. de L."[29], obtuve dos premios, pero no me dicen si son 3º, 2º ó 1º. ¿Querría Ud. darme el dato? Me eligieron ahí primero miembro del jurado. Yo jurado... Claro que no acepté. Prefería presentarme, a pesar de las ironías de algún amigo porque me presentaba a un concurso *femenino.* ¿Qué hay de extraño? No soy hombre...

De nuevo, mis parabienes. Su amiga. *Gabriela.*

Amigo Labarca,

perdone el papel. Por no dejar mis árboles no voy a buscar otro.

Sí, hace muchos días que fué esa carta, ya desesperaba de tener respuesta. Gracias porque accede Ud. a mi pedido.

La Sra. Labarca me pidió este artículo para el número de *Familia* de febrero, número que aparece el 15 más o menos. Ya no alcanza, me parece, a incluirse su artículo. Pero tenemos *La Mañana* y tenemos aun posibilidades de que salga en *Sucesos.* Todo depende que el trabajo venga luego, tan luego como Ud. pueda.

¿Ideas mías sobre el libro?

Que es, antes que todo, un libro exaltador y serio. Me place esta vez más que en *Actividades Fem.* la propaganda yankee de la Sra. L. H. porque ahora no es fanática: los vicios de la gran nación se han dado a conocer. Un señor Alej. Parra dijo, —y me parece gran verdad— que esta no es obra femenina, es decir (añado yo) no es aquello que se ha dado en llamar literatura femenina y a que caracterizan la pobreza vergonzosa de ideas, cierto sentimentalismo insípido, la incorrección gramatical, los temas vulgares y la soberana vulgaridad de imágenes, de estilo. Un libro de vigor, sobriamente sentimental y bien escrito. Es, además, hermoso en ciertos pasajes. La autora —pocos lo saben— es poeta y hasta en Yanquilandia ha puesto belleza, porque la tiene dentro, cálida y abundosa.

[29] C. de L. son iniciales que corresponden al *Círculo de Lectura de Señoras.*

Acusándole recibo de su libro, escribí a Alone una larga carta. Digan lo que digan, quien ha leído el libro ruin y sucio de Pena y lee éste, ve cuán piadosa y dulce es la intención de éste al limpiar el amado cuerpo de *Shade* de barro pesado [30].

Ud. me contestó la carta que va.

Ud. me habló hace tiempo de una obra de la índole de ésta. Luego, la *Sombra* no ha sugerido a Ud. la idea. Me parece que esta forma de diario es la más propicia a ciertos espíritus finos. Se apuntan las pequeñas (que son grandes) emociones cotidianas, incidentes, lecturas, juego de nervios, etc.

Me importa poco, amigo, que me pelen cuando alabo a alguien. Mis sonetos para *El niño que enloqueció de amor* y hasta los que tengo inéditos sobre *Los diez* [31], me han valido burlas y alfilerazos. ¡Qué importa! Una dice su verdad y queda tan deliciosa y hondamente satisfecha.

Aunque su artículo no salga en *Familia,* está demás decirle que la Sra. L. H. lo acogerá ahí con toda cordialidad.

Conozco muy poco de León. Ha dado Ud. datos novedosos y conmovedores. Buscaré "La E. de los sofistas" [32]. Me gusta, sin embargo, su verso. Entre las pocas poesías que me sé está aquella suya sobre el amor tardío, tan bella.

¡Cuán triste y dolorido,
cuán tarde, amor, a mi heredad viniste!

¿Sabe Ud., cosas así, novedosas, de mi gran viejo, de Mistral?

Me he quedado esperando retrato y datos sobre el Sr. Tondreau, que iba a darme nuestro amigo Robles, para una semblanza. Salúdelo si lo ve y recuérdeselo.

Le repito que le estoy ya sumamente agradecida por su trabajo.

Salude a su mamá y a los chicos.

Su amiga que lo estima. *G. Mistral.*

Andes.

Amigo Labarca,

como en Ud., en muchos amigos mi *gesto* habrá producido mal efecto.

Si bien se hizo bien poco caso de él, puesto que *El Mercurio* de hoy da la lista de premios y da mi seudónimo en poesía.

Supongo que de prosa retiraron mi trabajo. ¿Por qué no se retiró entonces todo?

[30] Leonardo Pena había publicado en su *Libro de los héroes moribundos* algunas ingratas referencias a Shade, seudónimo de Mariana Cox de Stuven. A este libro replicó, en algunas partes, *La sombra inquieta* de Alone. En aquella disputa literaria Gabriela Mistral tomó la parte de Shade y de Alone.

[31] ¿Dónde se hallan esos anunciados sonetos sobre Los Diez? En la revista no se publicaron. ¿Los conoce alguien?

[32] *La escuela de los sofistas,* obra de Ricardo León, apareció en 1910.

Cuando una vive lejos y nadie la conoce y es una mujer humilde que enseña niñas, ni en lo referente a lo propio se le hace caso.

Antes de leer lo del diario escribí a la Sra. Eastman[33] la carta que le mando a fin de que Ud. me sepa serena, no irritada con el jurado. Devuélvamela después.

No quiero quitarle tiempo en época de exámenes.

Con todo afecto. *Gab. Mistral.*

Andes.

Salude a su mamá cariñosamente.

Ya escribí a Carrera sobre Ud.

No sabía que estaba la Sra. Prats[34] en el jurado de prosa. La admiro y la quiero mucho.

Eugenio, muy estimado:

Gracias por sus palabras de hoy y por la acogida amiga dada a los versos de Mujica. Yo copio y envío a él sus palabras, para alegría suya (de él) y para aliento. Séale fraterno, si se acerca a Ud. Parece muy retraído.

Siento mucho la enfermedad de Margarita. Dios la mire y la alivie.

Le mando unos versos *viejos*.

Aquí va mi respuesta a la atrayente encuesta: "Hubiera querido vivir entre el pueblo hebreo y ser la Mujer Fuerte de la Biblia".

Trasmito su recado a Laura [35], que está en Concepción y voy a mandar a Ud. las fotografías de dos hermosas cabezas que acaba de hacer ella allá: la de don Enrique y la de un cuñado de él.

Conocí a Santiago: me encantó. Qué noble, qué caballeroso y qué bueno es! [36]. Atte. *Gabriela.*

Me gusta Pacífico. Su *Encuesta* originalísima. Magistrales las críticas de H. Díaz Arrieta.

Deseo trasladarme a Viña. Acepto su generoso ofrecimiento. Aguirre Cerda únicamente me ayuda [37].

EL AMOR QUE CALLA [38]

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro,
pero te amo, y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro.

Lo mismo que cristal se rompería
si lo echara a rodar por mis canciones.
¡Quien sabe si ni así lo recogías
que apenas me hace un nudo de oraciones.

Y tú lo quieres vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su trémulo raudal desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Tuve palabras para la amargura,
las encontré también en la alegría;
en éste, mira tú, queda insegura,
torpe, la lengua, como en la agonía.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte:
y todo por mi callar atribulado
que sin embargo es peor que la muerte.

GABRIELA MISTRAL

Hallé en usted excelentes disposiciones para la prosa: sobriedad, armonía, desgraciadamente puestas a prueba en asuntos que permitiría insinuarle no tratara, asuntos exóticos que seducen demasiado a la juventud, pero que tienen el defecto capital: son falsos. Santiván, tratando, en su prosa límpida y fresca, asuntos chilenos, me interesa mucho más que Leonardo Penna con sus dannunzianismos mal aclimatados. Hace mucho mal aquí la lectura francesa, mal en todo sentido, sobre todo la de última hora; la gran literatura francesa no, por cierto. El mismo talento de Augusto Thomson se malgasta en asuntos orientales o seudo-orientales que no dicen nada al artista chileno y que al europeo también han de dejarlo frío. La verdad y por sobre todo la verdad. Y luego, la fuerza. La Francia es algo así como el opio de la humanidad y, sobre todo, de la juventud: adormece, corrompe, desgaja, los mejores talentos literarios. De los libros franceses de hoy, sólo me ha entusiasmado el Juan Cristóbal, precisamente porque no lo es tal; sus acres críticas son como una prolongación de las mías, oscuras, pero sinceras. Es fatal la Francia de hoy al universo literario: de matrona ha parado en una perdida en que todo es mentira bonita: ojeras, belleza, alma. Remedio contra ella: la Rusia bárbara, que ha dado más de diez firmas literarias de primer orden, pero que valen por doscientas francesas: Tolstoy, Gorki, Dostoyewski, Turgueneff y el grande y joven Andreieff.—*G. M.*

33 Sofía Eastman de Huneeus, esposa de Roberto Huneeus Gana.

34 Teresa Prats de Sarratea.

35 Laura es la escultora Laura Rodig, que después hizo una cabeza de Gabriela Mistral.

36 Santiago es Santiago Labarca, hermano del destinatario, a quien tocaría más adelante desempeñar activa carrera política.

37 Referencia a don Pedro Aguirre Cerda, que fué Presidente de la República (1938-41) y siempre grande amigo y admirador de Gabriela Mistral.

38 Finaliza el epistolario con una hoja de papel tamaño oficio con membrete del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el cual no se lee otra cosa que el poema *El amor que calla* y las líneas finales, que podrían ser las de una carta. Por varias circunstancias, parece que este original es posterior a las fechas del epistolario que se ha leído más arriba.